



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

1ª Corintios

EXPONE

Pablo López



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Clase 3

2.2.4. Las divisiones se producen por falta de madurez espiritual. 3:1-4

De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales?

Probablemente la enseñanza de Pablo haya sido menospreciada en Corinto también a causa de su escasa profundidad. El apóstol ya argumentó sus razones en contra de una predicación basada en la sabiduría humana en cuanto al estilo, pero ahora explica que la sencillez en cuanto al contenido de su mensaje no estaba limitada por la habilidad o el conocimiento de Pablo, sino por la capacidad espiritual de sus oyentes.

Ellos fueron la razón de un mensaje tan sencillo y elemental.

Hermano carnal vs Hermano espiritual. 3:1

De la misma manera que el hombre natural no puede entender las cosas que son del Espíritu de Dios, el hermano carnal no puede entender las enseñanzas más elevadas de la Palabra de Dios. Es un niño en Cristo, alguien que solo puede ser alimentado con los rudimentos básicos de la leche espiritual.

Carnales, niños, leche. 3:2

Hay dos palabras en el original griego que se traducen como carnales, una es sarkikos que significa alguien sensual, controlado por los apetitos animales, gobernados por la naturaleza humana, y no por el Espíritu de Dios. Es la palabra que se usa en el versículo 3; pero para el versículo 1, se usa otra palabra parecida: sarkinos, que describe aquello perteneciente a la vida natural, efímera, del cuerpo. El diccionario de Vine, dice que “es difícil discriminar entre sarkikos y sarkinos en algunos en algunos pasajes. En 1 Corintios 3.1 sarkinos es una acusación mucho menos grave que lo que hubiera sido si se hubiera empleado la palabra sarkikos. Los santos de Corinto no estaban efectuando ningún progreso, pero no eran antiespirituales con respecto al punto particular acerca del que estaba tratando allí el apóstol.”

De manera más simple, su carnalidad en el versículo 1 está vinculada a su debilidad espiritual, su incapacidad para entender el mensaje profundo de la Biblia. Cuando alguien nace de nuevo, se convierte en un niño en Cristo, de modo que corresponde una alimentación a base de “leche espiritual”, debe ser instruido en las cuestiones fundamentales de la fe. Si no se hace así, el niño es fácilmente movido de sus convicciones (Efesios 4:3). Pero con el paso del tiempo, de la misma forma que ocurre en el mundo natural, se debe crecer y con el crecimiento va asociado una alimentación más completa y sólida, que equivale a un conocimiento más profundo de las verdades espirituales.



Cuando el proceso de retarda más de lo normal, como describe el escritor de Hebreos (5:11-14) estamos hablando de hermanos carnales, de niños en Cristo, de inmadurez espiritual.

Las evidencias de la inmadurez espiritual. 3:3-4

¿Cómo sabe Pablo que ellos son carnales? Por su testimonio personal y sus relaciones interpersonales. Andaban como cualquier otro en la sociedad, no había diferencia alguna en la experiencia de vida de su fe en Cristo y la de cualquier otro corintio. Sus relaciones estaban dominadas por los celos, las peleas y la rivalidad, en vez de la paciencia y el amor fraternal.

¿Por qué una mera preferencia personal, como el estilo de un predicador, en la mente de un creyente carnal es un motivo de división? Miremos algunas características de los creyentes inmaduros, según este pasaje y otros de la Biblia:

- No entiende las verdades profundas de la Biblia. 1:2
- Se pelea por todo, siente celos, es caprichoso y egoísta. 1:3
- Enfatiza en formas, porque ignora la esencia: es legalista. Mateo 12:1-7
- Compite en vez de colaborar: es orgulloso. Filipenses 1:15-16

Todo parte de un conocimiento deficiente, o una comprensión equivocada de la Biblia. Su falta de entendimiento de la verdad sobre la iglesia y los siervos de Dios, les llevaba a ver en Pablo, Apolos y Pedro a rivales en una competencia, como ocurría con las escuelas filosóficas de los griegos, cuando en realidad todos eran siervos del mismo señor, trabajadores de una misma labranza, obreros en la misma construcción.

Una mirada en el espejo.

Es normal que nos escandalicemos de la actitud de los corintios, pero ¿Cómo actuamos nosotros? Si santificamos preferencias personales, dogmatizamos ideas humanas, canonizamos costumbres, y todo eso sirve para generar discusiones y divisiones con hermanos que piensan diferente, estamos haciendo lo mismo. El mandamiento Bíblico guardar la unidad (Efesios 4:3) y desechar todo aquello que no contribuya “a la paz y a la mutua edificación” (2 Timoteo 2:22-23, Romanos 14:19).

2.3. Como se disuelven las divisiones. 3:5-4:13

Las divisiones en la iglesia se producen, en definitiva, por la inmadurez espiritual de sus miembros. Cuando un creyente es inmaduro, es también orgulloso y egoísta. Cree que el valor del servicio depende de la aclamación popular, pretende ser reconocido y exaltado por el mero ejercicio de los dones que ha recibido del Señor, de modo convierte su ministerio en un estrado de campaña política, compite con otros siervos y si son tan carnales como él, ya tenemos una división en el seno de la iglesia.



Por lo tanto, en esta sección Pablo presenta los elementos para corregir la situación, que no es otra cosa que la enseñanza bíblica, una visión espiritual del servicio, la obra de Dios, para entender cuales son las recompensas que debemos buscar, y cual es nuestra posición y posesión en Jesucristo.

2.3.1. Las divisiones se disuelven si entendemos nuestra parte en el servicio. 3:5-9.

¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. Y el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor. Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios.

Todos somos servidores. 3:5-6

Según parece (1:12), había varios partidos formados en Corinto, pero Pablo reduce el ejemplo a dos, y utiliza, además de a si mismo, a Apolos, compañero de milicia en Corinto, con quien tenía suficiente confianza para usar su nombre. Pablo, Apolos y cualquier otro que hace una labor espiritual no es otra cosa que un siervo del Señor y por lo tanto, un siervo de sus hermanos.

Hay una distorsión muy grande cuando consideramos que los lideres, predicadores, pastores y maestros son señores en la congregación. Son siervos de todos. (Marcos 10:44-45). Ellos eran instrumentos en manos del Maestro para desarrollar una labor específica, distinta en el sentido del ministerio, pero idéntica en el cuanto al propósito. Pablo plantó, Apolos regó. Una labor diferente según los dones que a cada uno le habían sido concedidos, pero el resultado depende siempre exclusivamente de Dios.

Todos dependemos de Dios. 3:7

El crecimiento de la semilla no depende de los labradores, cada uno debe hacer su mejor esfuerzo, pero el crecimiento solo puede darlo Dios. De modo que ¿para qué exaltar a un siervo? Solo hacen su trabajo. Son siervos al mismo nivel de subordinación, aunque cada uno recibirá su propia recompensa. Pablo, Pedro y Apolos no son rivales sino compañeros de equipo. Cada uno realiza la función que le fue asignada por el Señor. Formar partidos en torno a ellos es no entender el funcionamiento de la obra de Dios.

Todos seremos evaluados. 3:8-9

Esto es lo más importante: la iglesia es la obra es de Dios, es su labranza, su edificio. Los que ministramos en cualquier área de servicio debemos entender que tenemos el privilegio y la gran responsabilidad de colaborar con él. Por lo tanto, todos debemos trabajar juntos, sin rivalidad ni contienda, procurando que la gloria sea para Dios. Como siervos y colaboradores de Dios, deberemos rendir cuentas delante de él por nuestro ministerio. No se trata de un juicio por los pecados, que ya fueron juzgados sobre Cristo en la cruz, sino un tribunal que evaluará la calidad de nuestro servicio.



2.3.2. Las divisiones se disuelven si entendemos nuestra responsabilidad. 3:10-17

Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.

Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego. ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.

El tribunal de Cristo.

La Biblia expresa con claridad que un día, cada creyente redimido por la gracia de Dios deberá presentarse ante este Tribunal para la evaluación de su servicio a Cristo.

Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo. 2 Corintios 5:10

Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. Romanos 14:10

La palabra traducida por tribunal se refiere al estrado donde se sentaban los jueces de las competencias deportivas para entregar las coronas a los vencedores de los juegos. De la misma manera, aquí no habrá condena alguna, sino recompensa o frustración, en función de la calidad - ese es el sentido bueno o malo - de lo que hayamos hecho mientras estábamos en el cuerpo.

Pablo comienza a hablar de las recompensas del Tribunal de Cristo. El primer principio lo deja claro el contexto: la recompensa no está vinculada con el tipo de trabajo, sino con la calidad del mismo. En este sentido, la iglesia es comparada a un edificio en el cual, Jesús es la piedra angular, el único fundamento posible de nuestra fe (Mateo 16:18, Efesios 2:20-21, 1 Pedro 2:4-7) Sobre ese fundamento, los apóstoles y profetas echaron los cimientos, que son las doctrinas reveladas por el Espíritu Santo incluidas en la Palabra de Dios, ahora, cada uno es responsable por cómo sobreedifica, por la calidad de los materiales que utiliza.

Los materiales. 3:12

Pablo presenta dos clases de materiales con las que podemos sobreedificar, por un lado, oro, plata, piedras preciosas y por otro, madera, heno y hojarasca. Cada grupo comparte una cualidad que tiene que ver con la característica de la prueba, que es su resistencia al fuego.



¿Que es edificar con oro o con madera? Algunos autores opinan que en función del contexto, tiene que ver con la clase de enseñanza que los maestros imparten. Otros que puede tratarse de la motivación que nos impulsa a servir. En este sentido, todo servicio movido por el amor a Cristo será recompensado y todo lo que se haya hecho para vanagloria personal, será quemado. (Mateo 6:2,5) Es difícil identificar que representa cada tipo de material, pero la figura es clara: algunas de nuestras obras soportarán el fuego de la prueba y otras serán quemadas.

Las normas del tribunal. 3:13

Vale la pena tener en cuenta lo que escribe Sauer: “seremos juzgados en relación con la suma total de los factores de nuestra vida y desarrollo, tomándose en cuenta no solo las obras hechas, sino las posibilidades que se nos ofrecieron, no solo lo que éramos, sino lo que hubiésemos podido llegar a ser, no solo la obra, sino la calidad del obrero, no solo lo que logramos, sino lo que nos esforzamos por lograr, no tanto el número, sino el peso total de nuestras obras. (1 Corintios 4:1-5, Mateo 25:21, Santiago 4:17 y 1 Samuel 2:3)

El resultado del tribunal. 3:14-15

En este tribunal no se juzgarán pecados, la salvación no correrá ninguna clase de riesgo, porque no hay condenación para los que están en Cristo Jesús. (Romanos 8:1) No obstante, la obra de algunos soportará la prueba y recibirá recompensa, mientras que el trabajo de otros será consumido y éste “sufrirá pérdida”. Será salvo, “como por fuego”, la figura es la de una persona que escapa de un incendio con nada más que lo puesto, con las manos vacías de obras útiles para el Señor.

Dice Sauer: “No quiere decir que cientos de cristianos sean desterrados de la presencia del Señor, sino que experimentarán un hondo movimiento de vergüenza al comprender que han perdido tantas oportunidades, viendo claramente su poca fidelidad al Señor durante su vida en la tierra”. “Estas palabras de tanta solemnidad constan en las escrituras con el fin que sintamos profundamente la necesidad de manifestar la santidad práctica aquí abajo, unida a un servicio fiel y abnegado. Retengamos gozosamente toda la certidumbre de la salvación y toda la seguridad de una obra divina en nosotros, pero sepamos a la vez que nuestra responsabilidad es la de “llevar a cabo nuestra salvación con temor y temblor (Filipenses 2:12)”

Una solemne advertencia. 3:16-17

Para evitar divisiones en la iglesia, es necesario que cada uno entienda su responsabilidad. Los que sobreedifican no están levantando un edificio corriente, la iglesia de Dios es el Templo donde él mora en el tiempo presente (Efesios 2:21), por lo tanto, cualquiera que por su negligente forma de construir, destruya, divida o eche a perder la iglesia, tiene una solemne sentencia de parte del Señor: “Dios le destruirá a él”. En el Antiguo Testamento, la sentencia por violar el Tabernáculo era la muerte (Levítico 15:31) Dice Hodge “Dios no está menos celoso de su Templo espiritual, de lo que lo estaba de su Templo construido con madera y piedra por manos humanas”. Todo lo que daña a la iglesia, la falsa enseñanza, la conducta inmoral, la actitud orgullosa, la rivalidad, no quedará sin castigo de parte de Dios.



En 11:30 Pablo deja clara constancia de que el juicio de Dios ya había comenzado: y muchos en Corinto estaban enfermos y otros habían muerto.

2.3.3. Las divisiones se disuelven si entendemos la verdadera sabiduría. 3:18-23

Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios; pues escrito está: El prende a los sabios en la astucia de ellos. Y otra vez: El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos. Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro: sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.

Un cambio de actitud. 3:18

Pablo esperaba que, como consecuencia de la advertencia del verso 17, los maestros corintios que estaban infiltrando sabiduría humana en la enseñanza de la iglesia y que competían entre si fragmentando la comunión, cambiaran de actitud, abandonando sus métodos y volviéndose a la única sabiduría real, que es la que Dios da. Este proceso puede parecer como un retroceso a la ignorancia desde el punto de vista humano, pero será un gran paso de madurez desde el punto de vista espiritual.

Abandonar para alcanzar. 3:19-20

Solo abandonando la sabiduría humana, o en palabras de Jesús, volviéndonos como niños, podremos entender las verdades del reino de los cielos. (Mateo 18:1-5) Solo así podremos comprender cómo el mayor es el que sirve, cómo el bienaventurado es el pobre y el que llora y cómo el que se humilla es el que será enaltecido. Los conceptos de la sabiduría humana aplicados a la Iglesia de Cristo, habían provocado siervos orgullosos que competían entre si por el dominio de la congregación. Eso debía ser desechado. Hay que olvidar los parámetros del mundo sobre la vanagloria de los aplausos, la soberbia de mandar y el deseo de figurar.

La propiedad de la iglesia. 3:21-23

Es el modo de pensar humano y carnal que hace que algunos se gloríen en los hombres, que se exalten los pastores, maestros o cantantes como más que los demás. No lo hagamos, porque todos los que predicán, enseñan o hacen cualquier clase de servicio, son siervos de la congregación, no sus dueños o señores. No lo hacen - o no lo deben hacer - para si mismos, sino para glorificar a Dios. Es necio gloriarnos (en el sentido de poner nuestra confianza) en hombres, cuando todas las cosas nos pertenecen. Los siervos de Dios, el mundo al que hemos de juzgar (1 Corintios 6:2, Colosenses 1:15 con Romanos 8:17) La vida y la muerte (Filipenses 1:21), lo presente y lo porvenir. Todo nos pertenece.

La propiedad de Cristo. 3:23

La iglesia es propiedad de Cristo, porque fue el quien murió y resucitó por nosotros. Cuando Pablo comienza su argumento, se sorprende de algunos hermanos que se consideran a si mismos posesión de otros cristianos.



De manera ninguna. No. TODOS somos de Cristo, y Cristo de Dios. Cuando uno alcanza la sabiduría divina, comprende la dimensión de lo que tenemos en Cristo, que todo es nuestro y la bendición de nuestra situación: todos pertenecemos a Cristo, y Cristo a Dios. Es ridículo entregar la propiedad de la iglesia al dirigente de un partido en la congregación.

2.3.4. Las divisiones se disuelven si entendemos nuestra posición. 4:1-5

Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel. Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a mí mismo. Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios.

Administradores y no jueces.

Así pues, escribe Pablo acercándose a una culminación del argumento sobre como terminar con las divisiones, que todos nos consideren como servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios.

En otras palabras, los que ministran en la iglesia deben tender claro que no son los dueños de la congregación, que solo administran la propiedad del Señor, que es requisito excluyente la fidelidad, y que por eso deberán dar cuenta solo ante él. Nadie está capacitado para juzgar la fidelidad en el servicio de otro.

Servidores que administran. 4:1-2

La palabra “servidores” utilizada aquí es la que describía a un marinero corriente, según Ryrie, un remero en los tirremes, que como se puede intuir, es un barco que tenía tres filas de remos. La sabiduría humana aplicada a la iglesia nos lleva a anhelar cargos de jerarquía y destaque de unos por encima de otros. Pablo, como Jesús, afirman que el título de mayor honor para un hijo de Dios es el de siervo a secas, ni siquiera el de “gran siervo”, y mucho menos Doctor, Maestro, Pastor, Apóstol, u otras cosas que funcionan como títulos de honor humanos. No entendamos mal, ¡gracias a Dios por los pastores, los maestros y los doctores en teología, que edifican la Iglesia con sus dones, pero en cuanto a la posición, ningún don, ningún título académico, ningún oficio de responsabilidad, autoriza a nadie a considerarse más que un marinero cualquiera, sujeto a la autoridad del mismo Capitán. ¿Qué se requiere de nuestra posición? Obediencia.

Servidores que no prejuzgan. 4:3-4

En cuanto a nuestra función, somos administradores de los misterios que Dios ha revelado. Los ministros de Cristo deben enseñar, no sus ideas personales, sino los misterios de Dios, esto es, lo que Dios ha revelado, fundamentalmente, el mensaje del evangelio y la formación de la iglesia.



¿Qué se espera de nuestra función? Fidelidad. Este es otro principio fundamental: lo que Dios valora del siervo es su fidelidad. La parábola de los talentos de Mateo 25 es clara al respecto. Los administradores tenían capacidades diferentes y recibieron talentos en función de ellas. Pero la evaluación de su servicio no se basó en el resultado económico absoluto de su gestión, sino a su fidelidad en el trabajo.

Debemos grabar bien en nuestra mente este concepto: Más que la excelencia, la habilidad, el talento, e incluso los dones, lo que Dios busca en un siervo es fidelidad. Él dice en el Salmo 101:6: “Mis ojos pondré en los fieles de la tierra, para que estén conmigo; el que ande en el camino de la perfección, éste me servirá”

“¿Cuál es la diferencia entre un creyente y un fiel? Un creyente es alguien que se fía de Dios, un fiel es la persona de quien Dios puede fiarse”. De esto se trata, de ser dignos de confianza. Dios pone en nuestras manos la administración de su Palabra, la tarea de la extensión de su reino. Nosotros y nadie más, somos la herramienta de Dios en el tiempo presente. Cabe preguntarse, como aquel antiguo coro ¿Qué estas haciendo con el talento que Cristo te dio? ¡Multiplica tu talento!

Evaluar la fidelidad es prerrogativa del Señor. 4:3-4

La fidelidad en el servicio a Dios no puede ser juzgada por los sentidos humanos. A Pablo no le preocupa la opinión que los corintios tenían de su fidelidad, ni la de algún tribunal humano, ni siquiera se fiaba demasiado de su propio juicio. Tampoco es que se crea un santo impecable al decir “de nada tengo mala conciencia”, porque no habla de pecados personales, sino de servicio. En lo que a él concierne, tiene la conciencia tranquila de no haber sido infiel, pero el juicio definitivo será del Señor. Esta declaración de Pablo no debe ser usada para alentar una actitud de soberbia, para no aceptar críticas o consejos en cuanto a nuestra labor, ni mucho menos para no rendir cuenta al liderazgo de la iglesia de nuestro ministerio. Todo lo contrario, es un llamado a un examen profundo de nuestra propia vida y ministerio. (Salmo 139:23)

Tener claro quien va a evaluar nuestra fidelidad, nos ayuda a orientar nuestras motivaciones. ¿A quien estamos sirviendo? ¿De quien buscamos la aprobación? No caigamos en el farisaísmo de servirnos a nosotros mismos, de hacer las cosas para nuestra vanagloria personal (Mateo 23:5, Filipenses 2:3). Que nuestra motivación sea agradar a aquél nos “tomó por soldados” (2 Timoteo 2:4), aunque no lo acompañe el reconocimiento de los hombres. No es que necesariamente tengan que oponerse, pero, si no es así, Pablo dice: “si agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo” (Gálatas 1:10) Los apóstoles decían en cuanto a esto, que “es necesario obedecer a Dios antes que al los hombres” (Hechos 5:29, Efesios 6:6).

Una cosa más: Jesús enseñó que la fidelidad se demuestra primero en las cosas pequeñas. (Lucas 16:10) Si pretendemos servir a Dios en algún ministerio de mayor responsabilidad, seamos fieles en lo que estamos haciendo ahora.



No somos jueces, entonces no prejuzguemos. 4:5

No somos quienes para juzgar la fidelidad en el servicio de los demás. La razón es muy simple, nosotros solo podemos conocer, y en parte, los hechos, las acciones, lo exterior y visible. Pero el juicio del Señor abarca más que eso, él acarará lo oculto y echará luz sobre las intenciones del corazón, “entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios”. Solo entonces sabremos el resultado final. Mientras tanto, no emitamos juicios prematuros sobre las motivaciones de nuestros hermanos, porque todo el juicio es del Señor. El es el Juez Justo. Cualquier intento de tomar en nuestras manos esta prerrogativa divina, es una franca falta de ubicación y de respeto al Señor y al hermano, que es un consiervo con nosotros. ¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? (Romanos 14:4)

2.3.5. Las divisiones se disuelven si entendemos nuestro lugar. 4:6-13

Pero esto, hermanos, lo he presentado como ejemplo en mí y en Apolos por amor de vosotros, para que en nosotros aprendáis a no pensar más de lo que está escrito, no sea que por causa de uno, os envanezcáis unos contra otros. Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? Ya estáis saciados, ya estáis ricos, sin nosotros reináis. ¡Y ojala reinaseis, para que nosotros reinásemos también juntamente con vosotros! Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, mas vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados. Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos.

El límite de lo escrito. 4:6

Pablo vuelve sobre sus pasos para aclarar que la utilización del nombre de Apolos y el suyo propio, es solo una forma de ejemplificar lo que estaba pasando en Corinto, para que aprendan a no ir más allá de lo que está escrito, esto es, probablemente, a no exceder la enseñanza de las Escrituras en cuanto a que la gloria le corresponde solo a Dios y no a sus servidores (Jeremías 9:23-24). Los que ministran en la iglesia, sean quienes sean y hagan lo que hagan, son meros instrumentos en las manos de Dios (3:5-6). Por lo tanto, no tiene sentido fraccionar la congregación formando partidos alrededor de unos y otros, y menos envaneciéndose unos contra otros, generando un celo partidario de tal dimensión, que degenera en rivalidades, contiendas y hostilidad.

Después de todo... ¿vos quién sos? 4:7

Pablo lanza tres agudas preguntas a los que se consideraban grandes maestros y eran los que, en definitiva, alentaban la división en Corinto. ¿Quién te distingue? Sin duda había gente que consideraba superiores a unos sobre otros, pero esa gente está tremendamente equivocada, ningún siervo es más que otro.



¿Qué tienes que no hayas recibido? Si realmente eran buenos maestros, competentes y elocuentes, no era por algún mérito propio, sino de Aquél que los dotó con esas capacidades. ¿Y si lo recibiste, por qué te glorías? Este es el punto clave. Dios nos ha colocado en su Obra como el quiso. El ministerio que tenemos, no es un motivo de orgullo, sino de responsabilidad personal. No hay con que gloriarnos delante de Dios, más bien, nuestra actitud debe ser aquella que enseñó Jesús: “Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos.” Lucas 17:10

¿Y en dónde pensás que estás? 4:8-13

En los versículos siguientes, Pablo recurre a la ironía (figura retórica que consiste en dar a entender lo contrario de lo que se dice) para dejar claro lo ridículo de sus pretensiones. Los corintios se vanagloriaban de lo que habían alcanzado, al punto que parecía que habían superado por mucho a los propios apóstoles y al mismo Pablo. Era ésta actitud soberbia y orgullosa la que había introducido las divisiones en Corinto. Pensaban que tenían suficiente con las abundantes capacidades espirituales que el Señor les había concedido, estaban saciados. Creían que no necesitaban nada de nadie, estaban enriquecidos. Actuaban como si ya hubieran llegado a reinar.

Dice Hodge: “Pablo presenta a los corintios como si creyeran haber alcanzado ya la plena bienaventuranza del reinado del Mesías, que ya habían llegado, y que eran perfectos” Si eso fuera realmente así, continúa Pablo, nosotros también estaríamos reinando. Pero la realidad de los apóstoles era bien diferente. La figura es la de un prisionero sentenciado a muerte en el circo romano, que marchaba en el último lugar de la fila.

Los apóstoles estaban sufriendo serias adversidades y contratiempos, en contraste con la soberbia y posición cómoda que habían adoptado los corintios. Mientras a los apóstoles se los consideraba la escoria del mundo, sufrían toda clase de necesidades materiales, y de apremios físicos y anímicos, los corintios se regodeaban en su prudencia, fortaleza y honorabilidad.

Es como si dijera: “por favor, hermanos, ¡ubíquense!” El reino aún no llega para nadie, de modo que es tiempo de ocupar el lugar de indignidad y rechazo social que el propio Señor padeció.

¿Dónde estás tú?

La reflexión de Pablo nos invita a pensar en nuestra propia posición. ¿Estamos como los corintios o como los apóstoles? ¿Cuál es nuestro lugar en el tiempo presente?

¿Trabajamos para disfrutar de la comodidad y la opulencia que el sistema consumista de este mundo nos pone delante, o estamos dispuestos a pagar el precio de un servicio abnegado a nuestro Señor? La demanda del Señor nos llega fuerte y claro desde la profecía de Hageo: “Así ha hablado Jehová de los ejércitos, diciendo: Este pueblo dice: No ha llegado aún el tiempo, el tiempo de que la casa de Jehová sea reedificada.



Entonces vino palabra de Jehová por medio del profeta Hageo, diciendo: ¿Es para vosotros tiempo, para vosotros, de habitar en vuestras casas artesonadas, y esta casa está desierta? Pues así ha dicho Jehová de los ejércitos: Meditad bien sobre vuestros caminos”. (Hageo 1:2-5)

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

